



cas de un origen común que nos invitan a leer la historia completa. Sin embargo, cada uno tiene su propia identidad expresada no solo en el contenido sino también en su morfología.

El tomo II de *Historia de las clases populares...*, con un clásico criterio cronológico, distribuye sus doce capítulos entre tres partes. La primera, que comprende el período 1880-1945, agrupa los cinco capítulos iniciales. Los tres siguientes conforman la segunda parte del libro, abarcando los años que transcurren entre 1945 y 1973. La tercera parte reúne los últimos cuatro capítulos que van desde 1973 hasta 2003. Las motivaciones de esta subperiodización no son explicitadas, aunque podemos imaginarnos que los tres arcos temporales cubren los distintos tipos de regímenes de dominación y acumulación capitalista predominantes, en cuyo marco se desarrolló la historia de las clases populares.

Las primeras páginas refieren a una historia que se desarrolló en el contexto de un capitalismo argentino que se desplegaba al ritmo de su incorporación al mercado mundial como productor-exportador de bienes agrícola-ganaderos. En esta primera parte, el autor presenta, con un claro acento polanyiano, los rasgos característicos que desde entonces acompañaron al país emergido tras "la gran transformación". Ya en estas páginas entran en escena los tópicos que cruzarán transversalmente todo el libro: el perfil de las clases populares, sus condiciones materiales de existencia, sus formas de organización y lucha, sus ideologías e identidades, las tensiones entre la cultura popular-plebeya y la cultura de masas, los clivajes no clasistas (étnicos/raciales, sexo/género, generacional, campo-ciudad, ecológico). Otras temáticas igualmente recurrentes son los perfiles estatales (represión y ampliación/deterioro de la ciudadanía), las formas de gobierno y sus políticas hacia las clases populares, las formas de explotación, las prácticas represivas paraestatales. Uno de los aportes específicos de este apartado gira en torno a la desmitificación de ciertas imágenes como el "crisol de razas", la "blanquitud" y la "modernización", empresa que el autor ya encaró en su *Historia de la clase media argentina*. Otros aportes refieren a la violenta creación de los mercados de tierras y de fuerza de trabajo, al rol protagónico del movimiento obrero de corte clasista, la vigencia de ideologías de izquierda (anarquismo, socialismo, sindicalismo revolucionario, comunismo), las tensiones entre la cultura popular y la de masas en experiencias como el tango y el fútbol.

La segunda parte, cuyos perfiles estaban moldeados por un capitalismo que tuvo que satisfacer sus ansias de acumulación vía sustitución de importaciones, gravita en torno a una experiencia que, producida en gran parte por el accionar de las clases populares, condicionó el devenir de la sociedad argentina en todos sus planos: el peronismo. El impacto de dicha experiencia fue tan fuerte que cambió radicalmente la cultura política heredada, dando origen al clivaje peronismo/antiperonismo. Durante aquellos años, dos fueron los momentos de fuerte plebeyización: las jornadas de octubre de 1945 y la resistencia post 1955. Hacia finales de este período el mundo obrero vivió la revitalización del sindicalismo clasista y la emergencia de una contracultura rockera.

La tercera parte abarca todo el ciclo neoliberal, desde su prehistoria hasta su decadencia. Durante los primeros años de este período el Estado mostró su perfil más represivo y preparó las condiciones para el ingreso triunfal del capital financiero, con sus políticas de exclusión y descolectivización. El movimiento obrero fue drásticamente debilitado por la masiva ola de despidos. El deporte, la música y la religiosidad popular también sufrieron cambios. A la vez que el peronismo sobrellevó grandes transformaciones, el territorio barrial y las "redes clientelares" remplazaron a los sindicatos y la "burocracia sindical". Sin embargo, una masa de desocupados se animó a desobedecer al desempleo, poniendo en pie un nuevo movimiento: el movimiento piquetero. No pocos elementos de esta identidad estuvieron moldeados por ideologías y tradiciones de izquierda. Las últimas líneas del libro se ocupan de las jornadas decembrinas de 2001 y de la posterior "normalización democrática".

Hasta acá lo que se puede resumir del contenido *material* del libro en una breve reseña. Pero, ¿cuál es su espíritu? ¿Qué ambición le da sentido?

Con este libro el autor ofrece una historia de la sociedad argentina, con sus avatares y transformaciones, desde la perspectiva de las clases populares. Busca y logra reponer la agencia de estas últimas en la historia de nuestro país. La pluma con la cual el autor narra esta historia está informada por el programa de estudio de las clases subalternas, inspirado en las notas de Gramsci y la obra de Guha. Así pertrechado, el autor va al cruce de la historiografía de los "sectores populares", del cual sale airoso. En esta línea, logra mostrar el constante hacerse de estas clases, la continua redefinición de sus fronteras superiores en torno a su relación anta-

gónica con las clases dominantes. Los carriles sobre los cuales discurre su narrativa son dos: 1) la desigualdad persistente moldeada por el ordenamiento social capitalista, inaugurada con la gran transformación y; 2) el binomio de tendencias contrapuestas en torno a integración/antagonismo, donde se vislumbra la influencia de la obra de Daniel James. Despunta un tercero, aunque algo rezagado, con el poder clasificador del Estado. Logrando de esta forma una sólida coherencia argumental.

En la columna del *debe* podríamos señalar que el libro no logra resolver satisfactoriamente dos tensiones. La primera refiere la dificultosa convivencia del consabido carácter discontinuo que presenta la historia de las clases subalternas, con la pretensión de presentar una historia *continua* para todo el período abordado. La consecuencia de esta tensión irresuelta es que en muchos tramos las protagonistas de esta historia inadvertidamente son desplazadas de la escena por el protagonismo de las élites, el Estado, las clases dominantes. En este punto un giro benjaminiano enriquecería el relato. La otra tensión es casi ineludible en el marco del gran trabajo de síntesis encarado por el autor. Aunque el libro se caracteriza por la asimilación de bibliografía "clásica" y reciente, algunos tramos interpretativos del libro reproducen sentidos comunes provenientes de las líneas historiográficas hegemónicas en el campo. Ejemplos de esto son la temporalidad del anarquismo, el carácter heterónimo del movimiento obrero durante la segunda mitad de la década peronista, la informalidad absoluta del partido peronista, entre otros. Aquí la lectura en los márgenes del campo disciplinar brindaría elementos para desandar aquellos sentidos comunes.

Por supuesto, estas observaciones no quitan valor a un libro que esta llamado a ser una referencia obligada para los y las estudiosas interesadas en la historia de las clases populares en la Argentina del largo siglo XX.

**Agustín Nieto**  
(UNMDP/Gestar)

---

A propósito de Gerardo Leibner, **Camaradas y Compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay**, Montevideo, Editorial Trilce, 2011, 632 pp.

El libro de Gerardo Leibner **Camaradas y Compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay** salió a la luz en el año

2011 como resultado de más de una década de investigación. Se trata de un trabajo profundo y comprometido que reconstruye buena parte de lo que fue la vida política y social de los comunistas uruguayos entre 1941 y 1973. El libro se divide en dos grandes períodos que corresponden a lo que el autor denomina “La era Gómez” (1941-1955) y “La era Arismendi” (1955-1973), inicialmente pensados para ser publicados como tomos separados. En ambos, no sólo se estudia el núcleo dirigente partidario y su línea política, sino que se incorpora una abundante cantidad de fuentes (orales y escritas) para reconstruir con éxito la “ideología social” de los comunistas que permitió la concordancia necesaria entre la doctrina política y la militancia cotidiana. La centralidad del estudio de las subjetividades, es decir, las cualidades más salientes de los sujetos devenidos objeto de estudio, permite entonces comprender la profunda impronta cultural que la militancia comunista imprimió en miles de uruguayos, muchos de los cuales hoy siguen participando en el Frente Amplio, principal fuerza política del país.

La primera parte del libro comprende los años que el autor denomina de “prehistoria” partidaria, término que revela cierta subestimación del período anterior a 1955 en el que las prácticas denominadas de “secta” impidieron incidir mayormente en la sociedad. A pesar de la cantidad de militantes en este período, el Partido no pudo convertirse en una fuerza política capaz de imponer su agenda. Como en buena parte de los partidos comunistas de América Latina, los cambios en la línea soviética provocaron desajustes y reajustes permanentes en la estructura partidaria. En este sentido, el cambio hacia la línea de Frente Popular desde 1935 requirió de una dirección capaz de adaptarse a las nuevas condiciones, y fue entonces cuando Eugenio Gómez tomó el liderazgo máximo en el partido. Desde entonces, las fracciones, pugnas y depuraciones signaron lo que el autor considera prácticas propias de una “secta”, que achicaron al Partido en los años siguientes aunque permitieron una mayor cohesión interna. A pesar de esto, el movimiento antifascista y antinazi permitió el acercamiento de numerosos intelectuales y de cierta cantidad de obreros. La derrota electoral en 1950 trajo aparejadas duras acusaciones contra elementos “oportunistas”, que desatarán una fuerte crisis interna, concluida a mediados de 1955, cuando Gómez fue desplazado. Rodney Arismendi comenzará a perfilarse a partir de entonces como el nuevo líder máximo del Partido, dando inicio a la segunda parte del libro que comprende los años 1955-1973.

Según relata Leibner, el derrocamiento de Arbens en Guatemala marcó el inicio de la apertura del comunismo uruguayo, rompiendo con largos años de aislamiento. Sumado a esto, los procesos de desestalinización desatados luego del XX Congreso del PCUS en 1956 preparó el terreno para que Arismendi pudiera realizar una “revolución interna” que no sólo afectaría a la dirección partidaria, sino también a su militancia. Desde su nuevo lugar como líder máximo del PC, Arismendi desplegó una serie de medidas que fortalecieron notablemente el comunismo en esos años. Entre ellas, el planteo de una “revolución democrático-popular y antiimperialista” que desembocara en una “república democrático popular”, sería una de las principales notas de originalidad frente a los otros PC latinoamericanos que habían supeditado la ofensiva al impulso de las “burguesías nacionales”. Arismendi fue un férreo defensor de la “vía pacífica” posibilitada por el contexto internacional. Por su parte, frente a la Revolución Cubana el PC uruguayo desplegó un fuerte apoyo pero insistía en esta vía pacífica, siguiendo el consejo del “Che” Guevara en Uruguay de “avanzar por cauces democráticos hasta donde se pueda ir”. Empezaría entonces un crecimiento cuantitativo y cualitativo del Partido que le permitiría aumentar su inserción en las masas. En suma, el libro de Leibner nos sumerge en el mundo comunista, prestando especial atención a la reacción y a la forma de operar de la militancia, que no fue homogénea ni lineal, ni frente a los cambios de dirección en el partido ni frente a las “tormentas ajenas” proveniente de los vaivenes de la política soviética.

**Alexia Massholder**  
(UBA-CONICET)

---

A propósito de Vania Markarian, **El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2011, 164 pp.

Durante los años sesenta, una generación de jóvenes militantes conformó su identidad política en múltiples escenarios de América Latina. Vania Markarian aborda este proceso en el Uruguay y explora el movimiento estudiantil de 1968, cuyo efecto radicalizador sacudió a los sectores de la izquierda. Para comprender la irrupción de estos jóvenes en la militancia, Markarian llama a incorporar al análisis aquello que justamente no fue específico de la política: una dimensión más relacionada al significado de

“ser joven” que a la adhesión a una doctrina. La historiadora propone: “preguntarse por el surgimiento de la juventud como actor político en el seno de la izquierda y, en seguida, prestar atención a las reacciones de los diferentes grupos frente a la circulación de pautas culturales específicamente juveniles que provenían principalmente de Europa y los Estados Unidos”. Markarian pone en un primer plano los nuevos patrones generacionales para ofrecer una lectura que articula la rebeldía juvenil y su impacto en los valores tradicionales y formas de organización de la izquierda. De este modo, la autora ilustra cómo ciertas innovaciones del movimiento del 68 se arraigaron a un nuevo universo que no sólo fue político sino cultural.

En contraste con la producción regional, los estudios sobre la historia del Uruguay no han atendido en profundidad la relación entre la política y la cultura en los años sesenta y este trabajo responde a dicho vacío. Al tiempo que es relevante para quienes investiguen el impacto de los jóvenes en el escenario político, social y cultural de la época, este libro es una contribución al estudio de las izquierdas en América Latina y una lectura imprescindible para abordar la historia de la izquierda uruguaya. Su valor también radica en el abordaje analítico que borrona aspectos que la historia ha presentado en “términos muy generales” o con demasiada rigidez: se detiene en las contradicciones, las paradojas, y desecha el intento de reducir un escenario del período a una imagen inmóvil y nítida.

En el capítulo primero, la autora narra la irrupción de las manifestaciones estudiantiles y la dinámica de acción y represión entre los jóvenes y la policía. Markarian pone atención en los modos de protesta que la juventud impuso en el movimiento: manifestaciones relámpago, barricadas, la apropiación de la calle a través de marchas, festivales e incluso clases al aire libre. Estas innovaciones reflejaron una cultura que “impulsaba a reclamar espacios de poder para las nuevas generaciones” al tiempo que imprimía una dimensión física de la acción militante vinculada a la destreza y a una “entrega” propia de la juventud. En el capítulo siguiente, Markarian desarrolla las repercusiones que estas novedades provocaron en las formas de organización tradicionales de la gremial estudiantil y describe su radicalización. A través de una detallada documentación, la autora muestra cómo los sectores tomaron posición sobre la lucha callejera, debatieron la forma de promover los cambios sociales y discutieron el papel de los estudiantes en la revolución.